

EL CIELO YA NO PUEDE ESPERAR

Este año se cumple el 5º aniversario de «Cel Fosc, Asociación contra la Contaminación Lumínica», una entidad ciudadana de ámbito estatal creada para la divulgación, el asesoramiento y la denuncia de este fenómeno, por parte de quienes ya venían haciéndolo desde hacía muchos años*. Al aproximarse el final de este exitoso AIA 2009, nos asomamos a las páginas de *Astronomía* para llamar la atención sobre la escasa repercusión en cuanto a la protección de aquello que precisamente se está queriendo poner en valor: el cielo nocturno.

No cabe ignorar ya que la contaminación lumínica constituye hoy día un verdadero desastre ambiental que, a modo de «marea blanca», invade cada noche el medio urbano, rural o natural dilapidando recursos mientras nos niega el mayor espectáculo que la naturaleza nos ofrecerá jamás, la contemplación a simple vista de la Galaxia en la que estamos inmersos. Somos los ciudadanos quienes hemos perdido la pureza del cielo estrellado para una generación entera, debido a la iluminación irracional de ciudades y pueblos en cientos de kilómetros a la redonda. Y eso ha sucedido sin que, hasta el momento, las administraciones competentes en la protección ambiental hayan sabido atajar eficazmente esta escandalosa sinrazón y poner coto así a la desregulación e impunidad que han venido caracterizando al sector luminotécnico (a costa de, muy especialmente, la maltrecha economía de los municipios). Más aún, las pocas normativas sobre alumbrado existentes en España han nacido ya obsoletas y contraproducentes, ignorando descaradamente las medidas que dictan los resultados más avanzados de la ciencia sobre la prevención de la contaminación lumínica.

Así las cosas, algo no va bien cuando no recibimos una avalancha de inscripciones para multiplicar el centenar de socios que, entre particulares y asocia-

ciones adheridas, integran esta asociación de afectados por la contaminación lumínica. De hecho, y muy lamentablemente, menos del 1 % de los astrónomos profesionales españoles son socios de Cielo Oscuro. Son los aficionados, cómo no, quienes constituyen el grueso de nuestra base social, si bien su apoyo tampoco cabe calificarse de mayoritario: apenas una docena de asociaciones astronómicas se han adherido, lo que supone solo el 5 % de las asociaciones existentes en España (!). La cuota de pertenencia –equivalente al coste de un café o una caña al mes, en la modalidad

Se necesita una nueva cultura sobre el uso de la luz.

individual– puede ser un inconveniente, pero... ¿cómo permanecer callados cuando muchos de quienes rehúsan dar su apoyo explícito no tienen problema en invertir cientos de euros cada año para equipar sus observatorios particulares o desplazarse cientos de kilómetros en busca de cielos oscuros? ¿Quién va a molestarse en proteger el cielo nocturno si no lo hacemos, precisamente, quienes lo estudiamos y apreciamos?

Por fortuna, aun con unos apoyos oficiales tan escasos, gracias a la solera de algunas de las entidades adheridas Cel Fosc representa hoy la voluntad de más de 5.000 personas. Nuestro objetivo número uno es desaparecer como asociación, pero nuestra experiencia nos dice que la lucha contra la contaminación lumínica exige compromiso, porque es una tarea a largo plazo y llena de sinsabores. Y exige, también, predicar con el ejemplo. Esto no parecen tenerlo

claro algunas instituciones de la investigación y la divulgación astronómica que olvidan por completo la contaminación lumínica cuando la provocan sus propios alumbrados (algunos ¡ay! recién inaugurados).

Claro que no todo es negativo, y eso a pesar de las zancadillas de grandes empresas luminotécnicas, inquietas ante el hecho de empezar a perder sus tradicionales cuotas de mercado. Así, con la inspiración de Cielo Oscuro, pequeñas poblaciones como Tàrrega o Puente la Reina empiezan a desaparecer del mapa nocturno tras emprender proyectos valientes de sustitución de sus alumbrados que les permitirán, además, ahorros en la factura eléctrica superiores al 30 %.

No olvidemos que los perjuicios de la contaminación lumínica no terminan en la degradación del firmamento como objeto científico, recurso educativo o de ocio (incluso turístico), sino que se extienden al ámbito de las afecciones a la biodiversidad, la salud, la privacidad o la seguridad vial. Ante este panorama, es patente que se necesita una nueva cultura sobre el uso de la luz. Pero nos equivocamos al pensar que llegará sin el empeño coordinado de cuantos hacemos de la astronomía nuestro trabajo o nuestra pasión. **A**

Carlos Herranz Dorremocha es físico y presidente de Cel Fosc, Asociación contra la Contaminación Lumínica (www.celfosc.org).

(*) «Cel Fosc» significa, en catalán, «Cielo Oscuro» y el nombre de la asociación se utiliza en cualquiera de sus traducciones a las lenguas oficiales.

Para colaborar, enviad vuestros textos con un límite de unas 700 palabras a astronomia@equiposirius.com. La revista no se identifica ni con la opinión ni los contenidos de los artículos firmados, y se reserva el derecho a su publicación.